

Editorial Pomaire

■ Cuando José Manuel Vergara publicó a mediados de la década del 50 su novela "Daniel y los leones dorados", la crítica lo saludó como una de las promesas literarias que emergían. De inmediato, los personajes creados por Vergara fueron motivo de comentario y análisis no sólo en los cenáculos artísticos, sino en todo tipo de reuniones sociales.

No obstante que Vergara ha publicado dos o tres libros más, las expectativas que se crearon en torno a él, no se concretaron. No fue José Manuel Vergara el novelista de su generación. Pero ha llegado a ser otra cosa tan importante a la literatura como un novelista: un excelente editor.

Editorial Pomaire —ese nombre tan nuestro que evoca de inmediato la artesanía popular en greda— fue fundada aquí. Chile había sido siempre un centro editorial importante dentro de Latinoamérica, compitiendo mano a mano con Argentina y con Brasil. La Empresa Editora Zig-Zag había invadido con sus libros gran parte del mercado de la América Central y del Sur, mientras que Editorial Ercilla, con sus libros de poco costo, pero completamente al día del movimiento literario mundial, acaparaba gran parte de la demanda lectora de esta parte del continente.

En algún momento, sin embargo, empezó nuestra decadencia en el campo editorial. Muertos o retirados los pioneros de esa industria, sus sucesores no supieron continuar con éxito una empresa floreciente. Cuando se fundó Pomaire, con José Manuel Vergara a la cabeza, se tuvo la ambiciosa meta de recuperar para nosotros ese prestigio editorial perdido. Pero no fue posible. Alguna mutación se había producido en el país —no sé si de orden económico o intelectual o de las dos a la vez—, pero el terreno ya no era propicio para el negocio de los libros. Y José Manuel Vergara y su editorial

emigraron nada menos que al centro más importante en su campo dentro del mundo hispano parlante: Barcelona.

Lo importante es que, después de largas peripecias, ha tenido éxito. El sello editorial Pomaire invade las librerías de España y de Latinoamérica, dando testimonio de una vocación nacional para el negocio impresor, que hincha el pecho de orgullo a los pocos chilenos que vamos quedando que nos seguimos interesando por esa cosa tan exótica que es la cultura. Impresiona ver el auge que tienen los cuidadosamente editados libros de Pomaire en Argentina, Colombia, Costa Rica, Venezuela, Ecuador, Méjico y, aún en los Estados Unidos y apenas comprobar la poca difusión que ellos tienen entre nosotros. A la cabeza de las agencias de Pomaire en alguno de esos países están chilenos que han debido emigrar ante la falta de interés por sus servicios técnicos en nuestro país. En Caracas, hace poco, nos encontramos en esa posición a Jorge Barros, quien fuera por largo tiempo asesor literario de nuestra Editorial Universitaria. En Quito, murió a cargo de la librería Pomaire, ese chileno-español espléndido que fue Darío Carmona.

Mientras tanto, en Chile, la industria editorial languidece o se mantiene con un quijotesco y arduo laborar entre gastadas prensas y obsoletas linotipias, como es el caso del admirable quehacer de Carlos Nascimento.

Es posible que las letras nacionales hayan perdido al novelista agudo y talentoso que se vislumbraba en "Daniel y los leones dorados", pero ha ganado un editor exitoso y profesional que, al colocar como sello editorial la estilizada figura de un cantarito pomairino, nos hace sentir que, lejos de la patria, se mantienen vivos el espíritu y la calidad que otrora dieran prestigio a la industria editorial chilena.